

Ponencia preparada para el V Encuentro Patagónico de Teoría Política, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 21 y 22 de abril de 2016.

Título: “Utopía o realidad: la fractura discursiva y social que inaugura la industria no convencional en el Alto Valle de Neuquén y Río Negro”

Autor: Marina Sofía Anderson – msandersonp@gmail.com

Pertenencia institucional: Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (Cehepyc), Facultad de Humanidades, Universidad del Comahue – CONICET.

Utopía o realidad: la fractura discursiva y social que inaugura la industria no convencional en el Alto Valle de Neuquén y Río Negro

En la provincia de Neuquén asistimos desde mediados de 2011 a un reconfiguración del escenario político, económico y social local a partir de la expansión de la frontera de producción de hidrocarburos que supuso la implementación de la fractura hidráulica de reservorios no convencionales como técnica masiva para la extracción de los últimos barriles disponibles de petróleo y gas y la profundización de un modelo de enclave en una actividad centenaria de múltiples implicancias en diversos aspectos de la vida humana. Nos interesa abordar aquí las prácticas y significaciones de dos campos discursivos históricamente contrapuestos, dos modelos de desarrollo, dos formas de vivir, ver y experimentar el mundo, de comprender los sentidos encerrados en palabras como “crecimiento”, “bienestar”, “ambiente”, “necesidad”, “democracia”, “poder”, entre otros términos que circulan reticularmente. El petróleo en Neuquén, como en otras provincias argentinas, ha sido un lenguaje para el consumo y la desigualdad, para la “fractura”, ya no de la formación geológica, sino de la formación discursiva y social que separa lo instituyente de lo instituido, la política de lo político, la desmemoria y el recuerdo, el territorio “sacrificado” de la comunidad, y que interpela constantemente nuevas formas de crear identidad y subjetividad.

A un lado, el estado provincial y sus deudas, las empresas operadoras y de servicios, los intereses nacionales y transnacionales, el poder concentrado como dominación; al otro, nuevos actores sociales que disputan para sí el derecho a poder decidir nuevas formas de entender la democracia, el crecimiento humano y su organización comunitaria, la relación del sujeto con el ambiente natural. La aprobación del primer contrato de explotación no convencional, firmado en agosto de 2013 entre el gobierno provincial e YPF asociada a Chevron, representó mucho más que un acuerdo legal entre partes: ciertamente, fue un giro para “un problema histórico con transformaciones presentes”¹. Pensar este giro nos lleva a centrarnos en un eje que articula **la política y lo político, los procesos de hibridación**

¹ Álvarez Mullally, 2015: 9.

contemporánea, y que nos permite hallar una trama comunicacional heterogénea que hilvana la politicidad entre diferentes actores sociales. Nos proponemos entonces encontrar un punto de diálogo entre la actualidad neuquina y los recorridos epistemológicos de diferentes autores contemporáneos de las ciencias sociales; y quizás logremos ofrecer una posible re-interpretación a los múltiples procesos socioculturales iniciados a partir de la “fractura no convencional” del Alto Valle.

Martín Álvarez Mullally comienza su libro de reciente publicación sobre la conflictividad social en la Patagonia Norte en torno a las actividades petroleras con la siguiente reflexión:

“La extracción de hidrocarburos y actividades anexas se sitúan, desde el imaginario colectivo, en zonas rurales, alejadas de los principales centros urbanos. Incluso, entre los argumentos para sostener que es segura la utilización masiva de la hidrofractura, se dice que en las zonas afectadas no vive gente, que son desiertos. Lo cierto es que ni el extractivismo -y sus lógicas políticas, institucionales y financieras- son patrimonio de lo rural, ni estas zonas son un páramo. Nos encontramos ante un discurso no ya invisibilizador, como el de los “conquistadores del desierto” a fines del siglo XIX, sino directamente negador ante la realidad de la explotación, tratamiento y refinación de hidrocarburos en Neuquén y Río Negro en los albores del siglo XXI”².

La riqueza analítica que comprende esta apreciación y su potencial explicativo de los procesos socioculturales en curso en la Norpatagonia posiblemente se deba a la interesante imbricación de conceptos y prácticas que nos ofrece: los fenómenos de territorialización y convivencia anexa de disímiles formas de apropiarse del espacio que el petróleo genera en relación a otras actividades humanas (el barrio periférico, la fruticultura, el centro urbano, etc); la justificación de esta convivencia a partir de la negación de la alteridad y la re-creación del imaginario de la Patagonia como un “desierto”; el equívoco diálogo entre pasado y presente a partir de contrapuestas miradas sobre la memoria y la historia (en particular, las diversas maneras de actualizar los significados de la Campaña del Desierto del siglo XIX según el punto de vista de cada emisor del campo discursivo); y en definitiva, las múltiples connotaciones de lo político y la politicidad que se constituyen en un escenario antagónico donde la hegemonía se disputa en la acción articulada colectivamente que también se transforma en discurso.

² Álvarez Mullally, 2015: 7.

Aquello que subyacentemente encontramos común a diversos autores de la ciencia actual como Martín-Barbero, Argumedo, Mc Laren, Schmucler, Nassif, Mead, Zemelman, Williams, entre otros, es que en el reverso de sus ideas existe una re-conceptualización del poder, no ya como única función de dominación o represión -el poder “sobre” en un sentido negativo, según una visión instrumental del mismo-, sino el poder como producción de saber y como efecto de verdad, un poder “para”, que desborda las instituciones formales y permea a todas las relaciones humanas; que en definitiva constituye lo humano desde un punto de vista ontológico al permitir la incorporación de la naturaleza a la cultura, en un movimiento que no es unidireccional ni se halla exento de contradicciones. Esta idea de poder a la base de la propia inmanencia de la vida –un biopoder, según Michel Foucault- derriba sin duda la tradicional visión heurística sobre la preminencia y determinación de la estructura sobre la agencia –o de la base sobre la superestructura- propio de las corrientes científicas sociales de la modernidad. Claro está que esta forma de concebir la politicidad implica necesariamente un nuevo sujeto que recupera su centralidad y que es agente de su propia transformación, en la construcción de su propia historia desde un compromiso vital con su presente y con una vivencia real de pluralidad, a partir de las diferentes mediaciones establecidas en las dimensiones de la comunicación y la cultura, que fluyen constantemente en el clivaje de lo local con lo global, del pasado, el presente y el futuro, del tiempo y el espacio en sus múltiples significaciones, arrancadas ya de los tradicionales anclajes conceptuales en tanto “lugar geográfico” o “momento cronológico”.

De este modo, la dimensión del desplazamiento epistemológico desarrollada por Jesús Martín-Barbero³ nos da cuenta de este pasaje entre una visión tradicional de lo político (la mediación entre un emisor-dominante y un receptor-dominado, inscriptos en estructuras sociales cerradas, sobredeterminados por las fuerzas productivas y su ubicación en la lucha de clases) hacia una visión sobre las mediaciones, desde el punto de vista de la recepción, donde el “poder para” opera como apropiación de la realidad por parte de los sujetos, en una constante resignificación de los aspectos simbólicos, culturales, comunicacionales, masivos, locales o globales en juego. Esta postura epistemológica sin duda resulta válida para comprender lo que Alvarez Mullally nos sugería en la introducción a una posible lectura sobre los conflictos sociales en Neuquén: que las clásicas nociones de

³ Martín Barbero, 1987.

estructura y clase de la ciencia social moderna no agotan al objeto, no resultan adecuadas hoy para asir la realidad de los nuevos sujetos de la acción política y social que se articulan en defensa de territorios, derechos y posibilidades de construir historia. Alcira Argumedo⁴ establece implícitamente ciertas consonancias con este desplazamiento epistemológico desarrollado por Martín-Barbero al proponer una nueva matriz de pensamiento local para desandar los caminos de la teoría social en América Latina tradicionalmente dominada por las pretensiones universalistas de las ciencias modernas eurocéntricas e hijas de las revoluciones industriales del siglo XIX. La impostergable necesidad epistemológica de desarrollar un “nosotros” latinoamericano que permita enunciar los complejos fenómenos sociales de esta región con una raíz antropocéntrica anclada en lo local sin duda se vincula a esta idea de poder como construcción de conocimiento y como efecto de verdad y cuestiona la dominación teórica del saber-poder impuesto desde las ciencias sociales modernas. En la práctica, esta decisión se traduce en un cuestionamiento de las visiones hegemónicas impuestas desde los centros de poder, alejados física y simbólicamente de los lugares donde la dominación muestra su peor cara: en la apropiación de los recursos naturales que en verdad son patrimonio humano en todos los lugares y tiempos, con todas las dificultades que esta realidad así enunciada comporta.

Asimismo, la categoría de historicidad de Hugo Zemelman⁵ connota la posibilidad de pensar los fenómenos históricos aquí y ahora, en sus diferentes matices y dimensiones, con un compromiso vivencial del sujeto con esa realidad que discurre -el poder desde la base, como construcción de saber-, y no desde el cómodo lugar de las teorías sociales generales, inmunizadas de aquella realidad que nombran, donde el poder circula como dominación desde las estructuras formales de aquella realidad analizada, incluida la ciencia social. Raymond Williams⁶ también adhiere implícitamente a estas conceptualizaciones cuando desarrolla la idea de mediaciones para comprender mejor la relación entre las condiciones materiales de vida de una sociedad y el cúmulo de producciones artísticas y culturales de una época, que no operan como mero “reflejo de” aquellas condiciones, tal como lo suponía una primera versión del materialismo concreto, sino que hay más, hay mediaciones establecidas con esas condiciones materiales de vida, hay poder “para”

⁴ Argumedo, 2004.

⁵ Zemelman, 1998.

⁶ Williams, 1980.

resignificar esas determinaciones de la realidad, hay creación y por ende hay diversidad. Estas formas de producción cultural también son recuperadas por Ricardo Nassif⁷ cuando piensa la interrelación entre objetivaciones y subjetivaciones culturales, el doble movimiento que se inaugura en la asimilación del hombre a la cultura, la culturación del mismo mediante la función pedagógica de lo social (objetivación) -un proceso que no puede prescindir del poder como dominación propio de los sistemas educativos del estado nación y del conjunto de productos culturales objetivados-, pero que al mismo tiempo abona un terreno fértil de subjetivaciones culturales, donde la cultura adquiere las formas de creación humana desde un sujeto que es en sí y para sí, causa de sí mismo, y que ejerce un “poder para” aportar su carácter inédito al mundo.

Pero volvamos un momento al Alto Valle de Neuquén y Río Negro para recuperar las categorías recientemente presentadas. Tenemos un sujeto, que es protagonista de su presente y creador de múltiples mediaciones con el mundo a partir de la construcción de un concepto particular de “historia”, de la re-lectura del pasado, del aporte de nuevos significados y productos culturales, que también aloja y se deja transformar por las objetivaciones culturales, por los discursos hegemónicos que atraviesan el conflictivo campo de lo social, que deja moldear su identidad pero que su acción no es mero reflejo de estas prácticas y discursos porque dentro suyo se cuece en definitiva el caldo inédito de la subjetividad en permanente diálogo con aquellas fuerzas sociales y culturales que constituyen al sujeto en toda su potencialidad. Esta visión de sujeto y poder encuentra algunas resonancias en la propuesta sobre la “cultura prefigurativa” de Mead⁸, quien celebra la posibilidad de que los sujetos de hoy podamos crear prácticas culturales de enseñanza en un sentido amplio para “hijos desconocidos” y en un mundo que desconocemos, que cambia de forma constante e irreversible y que nos convierte en eternos migrantes del tiempo (y no sólo del espacio como vastamente se estudió). La noción de cultura prefigurativa coloca en manos de las generaciones futuras el “poder para” construir sus propias prácticas, alumbrados por una actitud generosa de la generación actual que renuncia a la posibilidad de responder todas las preguntas, de ejercer un “poder sobre” las generaciones siguientes propio de las culturas posfigurativas, y en cierta medida, de las

⁷ Nassif, 1980.

⁸ Mead, 2002.

cofigurativas también. En el Alto Valle ciertamente tuvo que haber sujetos que se articulasen en identidades sociales a partir de ciertos “significantes vacíos” tales como el petróleo y recientemente la hidrofractura -en línea con lo que teorizan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe⁹- para confrontar un discurso del “progreso” y el “bienestar” que se plantea hegemónico desde el estado provincial y las empresas operadoras, en un movimiento que se inscribe ciertamente en una cultura prefigurativa.

La fractura social que abren las nuevas técnicas no convencionales para la extracción de hidrocarburos, y que desencadenan formas divergentes de entender el uso de los recursos finitos de la Tierra, de vincularse con las generaciones pasadas y futuras, de ejercer el poder en el presente para construir hegemonía y un relato histórico sintónico, de vivenciar la pluralidad y la alteridad, se asienta asimismo en otro tipo de fracturas del campo social que son generacionales, políticas y culturales. En otras palabras, creemos que las identidades colectivas no son absolutamente contingentes, sino que también poseen contenidos sustantivos: tienen historia, densidad sociológica, trayectoria cultural, sin por ello constituir totalidades cerradas, sino que interactúan permanentemente con la trama discursiva que amalgama lo social y que redefine constantemente su lugar. La constitución de nuevas identidades en torno a esta fractura del campo discursivo y social se erige también a partir del concepto de pedagogía crítica que nos ofrece Peter Mc Laren¹⁰, quien identifica en ella una herramienta para la formación de un sujeto que sea agente de su propio cambio en el presente y en la formación de una ciudadanía crítica capaz de cuestionar los lugares de la dominación, tanto en el lenguaje como en la praxis, y que no permiten nombrar la diferencia, la otredad, sin excluir su posibilidad. La distinción entre pluralismo y pluralidad trazada por Héctor Schmucler¹¹ contribuye a la comprensión del poder en verdaderos contextos de diversidad, no ya como “tolerancia a lo diferente”, propio de los pluralismos manchados por sesgos de dominación, sino como vivencia cabal de estas diferencias, en la posibilidad de surgimiento de lo diverso, de la pluralidad que es propia de la inmanencia de la vida. Dos interesantes visiones que en el mundo petrolero de Neuquén posiblemente se encuentren inmaduras, dado que la forma hegemónica de aprovechar los recursos naturales implica la exclusión de todas sus variantes: ni pluralismo ni pluralidad.

⁹ Laclau, 1987.

¹⁰ Mc Laren, 1998.

¹¹ Schmucler, 1997.

Finalmente, encontramos en la dimensión de imaginación y de lo cultural esbozada por Arjun Appadurai¹² un lugar privilegiado de los “poderes para”, que surcan lo social en forma reticular y que construyen a su paso formas diversas de imaginarios y de cultura en términos de diferencia con respecto a la identidad de un grupo y que edifican la acción de los sujetos de una modernidad profundamente convergente a nivel global. De esta mirada parecen nutrirse los movimientos resistentes al “no convencional”.

A esta altura podría endilgársenos que caímos en la visión “buena” y “mala” de lo hay a un lado y otro de la frontera productiva de los hidrocarburos: los buenos vecinos, actores sociales, movimientos colectivos que defienden la impoluta causa del medio ambiente –una de las pocas causas que todavía permiten hasta el odio sin perder respetabilidad, como se desprende del análisis de Zygmunt Bauman- y los malos gobernantes y empresarios que entregan el territorio con todo lo que se encuentre allí dentro (recursos, ciudades, sujetos, imaginarios). Una división que se asemeja a lo instituyente en Cornelius Castoriadis¹³, la autocreación a través de la historia, y lo instituido, con todo su poder de cohesión y también de coerción. La interpretación puede resultar capciosa y vale la pena iluminarla a partir de la siguiente cita de Bauman:

“Las penurias y los sufrimientos contemporáneos están fragmentados, dispersos y esparcidos, y también lo está el disenso que ellos producen. La dispersión de ese disenso, la dificultad de condensarlo y anclarlo en una causa común y de dirigirlo hacia un culpable común, solo empeora el dolor. El mundo contemporáneo es un container lleno hasta el borde del miedo y la desesperación flotantes, que buscan desesperadamente una salida. La vida está sobresaturada de aprensiones oscuras y premoniciones siniestras, aún más aterradoras por su inespecificidad, sus contornos difusos y sus raíces ocultas. Como en el caso de otras soluciones sobresaturadas, una mota de polvo -Sidney Cooke, por ejemplo- es suficiente para provocar una violenta condensación”¹⁴.

Tal como lo reflejan los medios de comunicación regionales, cierto es que desde los centros impulsores del avance de las técnicas de explotación no convencional (funcionarios estatales de distintos poderes constitucionales y niveles jurisdiccionales; empresarios y operarios; representantes técnicos de distintas universidades) se ha señalado el “miedo”, el “prejuicio” y la “ignorancia” que muchas veces movilizan a los actores sociales que

¹² Appadurai, 2001.

¹³ Castoriadis, 2000.

¹⁴ Bauman, 2001: 5.

resisten el corrimiento de esta frontera productiva (vecinos de barrios aledaños a los pozos petroleros, chacareros de la fruticultura, militantes de la Multisectorial contra el Fracking, partidos de izquierda, entre otros). Más aún, la no pertenencia de estos actores al mundo del petróleo, sus prácticas de vida y rentabilidad profundizaría aún más, según la visión de los defensores de este paradigma, el desconocimiento y el rechazo. Un argumento que hasta podría acercarse a las teorizaciones de Bauman sobre el miedo a la incertidumbre, la sensación de desprotección y de falta total de seguridad individual generadas a partir del debilitamiento de ciertas “totalidades” construidas socialmente que brindaban al sujeto un norte a partir del cual orientar su acción. Una de esas totalidades puede ser la noción de “progreso”, por mucho tiempo indiscutida y actualmente vigente en algunos sentidos, que celebra el avance indefinido de la industria petrolera como columna vertebral para el crecimiento de la Nación (y con ello de la “familia”, el “bienestar” y otras totalidades que brindan una seguridad a invaluable un sujeto que ingresa a la cultura como forma de superar su estado original de indefensión frente a la amenazante naturaleza, y que inaugura una forma particular de comprender la trascendencia de la vida humana).

Creemos que en este punto existe una confusión sobre el “miedo” que acecha a quienes resisten el avance de la industria no convencional: no es el miedo infundado de un ciudadano que en algún punto niega la dilución de aquellos grandes relatos que contenían su hacer y que hoy lo dejan despojado de toda certidumbre; sino el miedo cabal de quienes conviven diariamente con los impactos de esta actividad. Todos quienes habiten el presente no pueden escapar al primero de los temores: es una falla con la que conviven diariamente y que ofrece más interrogantes que respuestas. Ello no los convierte en temerosos o asustadizos articuladores de una acción colectiva. Porque vale la pena recordar también que “el espacio urbano promueve un borramiento de la memoria que desvincula la producción de identidades del territorio, para asumir el carácter de vitrina de la cultura principalmente transnacional de la representación, del mercado y de los consumidores”¹⁵. Es decir, que detrás de las acusaciones de temores infundados existe en verdad un discurso preocupado en minimizar las consecuencias ambientales de una actividad cuyos efectos de mediano y largo plazo aún se evalúan, y que en pos de este esfuerzo no escatima en recrear una visión particular de la historia (“la Patagonia es el Desierto”) profundamente cargada de

¹⁵ Vellegia, 1998: 3.

politicidad y de una especial intolerancia de la pluralidad (de cosmovisiones, de territorios, de memorias). No es inocente esta –ni ninguna- visión de lo político ni de la historia dado que, en palabras de Rosa Buenfil Burgos, permiten “ubicar el papel que se atribuye al sujeto social en los procesos que transforman las sociedades ya que dependiendo de cómo se conciba la historia, se concebirán las funciones y características de los sujetos sociales que en ella participan”¹⁶.

Queremos destacar finalmente que los procesos políticos y socioculturales en la Norpatagonia, que revisamos de forma sintética en esta oportunidad, atraviesan a su vez un lento proceso de hibridación que reconvierte antiguos significados en nuevos toda vez que se manifiesta públicamente la necesidad de pensar en enfoques alternativos de desarrollo regional, en consonancia con las ideas de Néstor García Canclini¹⁷. No se trata de rechazar de plano una u otra realidad, que en definitiva poseen una existencia centenaria en la zona, ni de caer en opciones autoexcluyentes de las mismas, sino más bien de abrir nuevos caminos a las identidades, pluralidades y sus posibles hibridaciones: tal vez en este mismo devenir se puedan construir nuevos puntos de encuentro que generen formas más incluyentes de politicidad en el tejido social.

¹⁶ Buenfil Burgos, 1992: 5.

¹⁷ García Canclini, 2000.

Bibliografía

Álvarez Mullally, Martín (2015): “Introducción: territorios en pugna”, en: *Alto Valle perforado: el petróleo y sus conflictos en las ciudades de la Patagonia Norte*, Ediciones del Jinete Insomne, Buenos Aires.

Argumedo, Alcira (2004): “¿Desde qué “nosotros” pensar la modernidad?” Primera parte. Capítulo 1, en: *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre pensamiento nacional y popular*, Ediciones Colihue. Buenos Aires. Argentina.

Appadurai, Arjun (2001): “Aquí y ahora”, en *La modernidad desbordada*. FCE. Buenos Aires. Argentina.

Bauman, Zygmunt (2001): “En busca de espacio público”, en: *En busca de la política*. FCE. Buenos Aires. Argentina.

Buenfil Burgos, Rosa Nidia (1992): “Introducción” y “Conclusiones”, en: *El debate sobre el sujeto en el discurso marxista: notas críticas sobre el reduccionismo de clase y educación*. Tesis D.I.E. 12, México.

Castoriadis, Cornelius (2000): “El campo de los social histórico”, en *Ciudadanos sin brújula*. Ediciones Coyoacán. México.

García Canclini, Néstor (2000): “Noticias recientes sobre la hibridación”. Disponible en: <http://www.pacc.ufrj.br/artelatina/nelor.html>

Laclau, Ernesto (1987): “La categoría de Sujeto”, en *Hegemonía y estrategia socialista*. FCE. Buenos Aires. Argentina.

Martín Barbero, Jesús (1987): “Introducción”, en *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Ediciones Gili. México.

Mc Laren, Peter (1998): “Desde los márgenes: geografías de la identidad, la pedagogía y el poder”, en: *Pedagogía, identidad y poder en el multiculturalismo*, Homo Sapiens, Rosario. Argentina.

Mead, Margaret (2002): “Introducción”, “El Presente. Culturas cofigurativas y pares familiares”, “El Futuro. Culturas prefigurativas e hijos desconocidos”, en *Cultura y compromiso*. Ediciones Gedisa. Barcelona. España.

Nassif, Ricardo (1980): “La educación en la perspectiva sociológica” y “La educación en la perspectiva cultural general”, en: *Teoría de la educación*. Editorial Cincel. Buenos Aires. Argentina.

Schmucler, Héctor (1997): “Comunicación, cultura y desarrollo” y “La investigación (1982): un proyecto comunicación/cultura”, en *Memoria de la Comunicación*. Editorial Biblos. Buenos Aires. Argentina.

Velleggia, Susana (1998): “Identidad, comunicación y política en el espacio urbano. Los nuevos mitos”, en: *Globalización e identidad cultural*. CICCUS. Buenos Aires. Argentina.

Williams, Raymond (1980): “Del reflejo a la mediación” y “Dominante, residual y emergente”. En: *Marxismo y Literatura*. Ediciones Península. Barcelona. España.

Zemelman, Hugo (1998): “Conocimiento e intelectualidad en América Latina”, en: *Conversaciones didácticas. El conocimiento como desafío posible*. Editorial Educo. Neuquén. Argentina.